

con valor para entristecer con una negativa aquella linda cara que por primera vez, después de muchos meses, se presentaba radiante de satisfacción. Comprendía que el triunfo de la juventud sobre la muerte que la arrastraba ya estaba asegurado, y la pena que la iba destruyendo, la amargura que abrigaba contra Laurier, involuntario causante de todo el mal non resistía á la metamorfosis que su presencia había operado en Julieta.

Se quedaron, pues, los cuatro, olvidando que el tiempo pasaba y escuchando el relato de la vida que Pedro había llevado en la aldea de Córcega. Julieta se encariñó con Agostino, con Marieta, con la madre y hasta con el buen párroco. Se renovó la promesa de ir á verlos, que el pintor hizo á sus amigos de Torrevecchia y las doce daban en el reloj cuando se separaron.

—No nos verá usted mañana—dijo Davidoff sonriendo á su enferma.

Y como se entristeciera de repente:

—Querida niña—añadió con dulzura—es preciso no ser egoísta. Tenemos que hacer otra cura más grave y más difícil que la suya. Partiremos por la mañana para ir á ver á su hermano en Trouville.

En un instante la avidez de la jóven por gozar de su dicha, desapareció, observando que la invadía nuevamente el sentimiento de la

dolorosa situación en que su madre y ella estaban colocadas y recuperó al mismo tiempo toda la firmeza de su voluntad. Estrechó la mano que Davidoff le presentó y dirigiéndose á Pedro dijo:

—¡Tiene razón: partan ustedes ambos y ojalá logren hacer por mi hermano, lo que por mí han hecho! Mi agradecimiento no podrá ser mayor si salen airosos de su empresa; pero les aseguro, que me creeré más feliz.

Entonces tomando la mano de su amado, le llevó á su madre; la señora de Vignes abrió sus brazos al hijo pródigo y al recibir aquel abrazo, Pedro se sintió completamente perdonado.

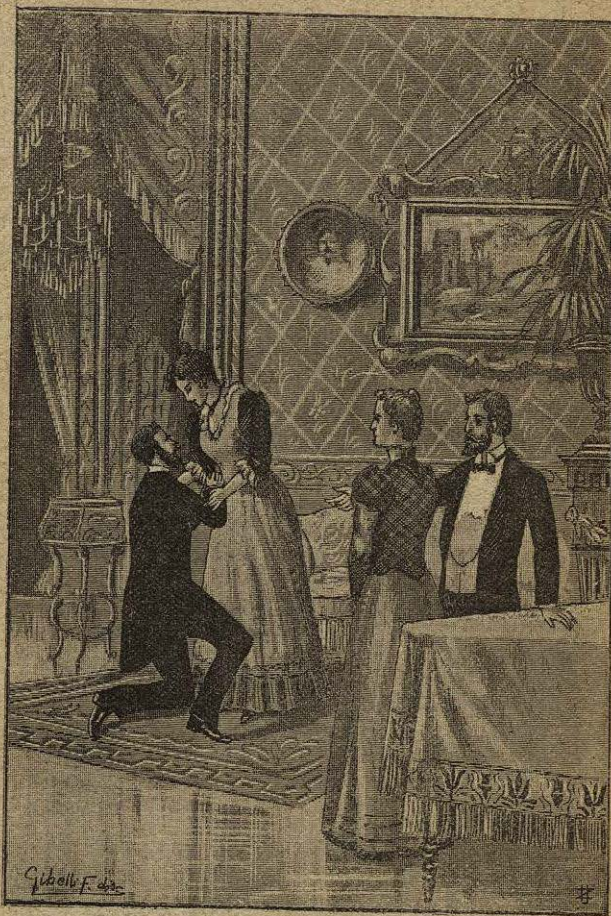
## VII.

Aquel día se dió un gran almuerzo en casa de Clemencia. Como empezaba la semana en que debían inaugurarse las carreras de caballos, muchos parisienses habían llegado la víspera, y vistos el Casino por la hermosa cómica y por Santiago, recibieron de éstos invitación para ir á almorzar. Los recién llegados constituían la flor y nata del mundo alegre: elegantes y divertidos ellos, no podía negarse que ellas eran mujeres notables en-

tre las más seductoras y distinguidas. Llevaban todos los hombres apellidos célebres en las artes, en la banca ó en la política, y las mujeres eran las que más fama gozaban en el batallón de Citerea.

Allí estaban el príncipe Patrizzi; Duvernay, el pintor célebre por sus cuadros de figuras humanas al desnudo, artista de chispeante talento, que conservaba de su juventud el buen humor de los pilluelos de París; el baroncito Tresorier, agente de cambio, uno de los más diestros tiradores de la salas de esgrima; Berneville, *sportman* que montaba como un jockey de profesión y se había roto siete veces la clavícula en los *steeples*; el duque de Faucigny, el más joven de los diputados de la Cámara, legitimista intransigente que hizo una ruidosa profesión de fé en favor de don Carlos de Borbón, pretendiente al trono de España; Burat, el abogado de las empresas teatrales, lengua acerada del Palacio de Justicia, asiduo concurrente á las primeras representaciones y apasionado coleccionista de cuadros; Selim Nuño, que había ido para ver correr á su yegua *Madrágora*, ocultando bajo afectada alegría, las angustias de su amor propio de aficionado á la cría caballar.

Las damas eran Andrea de Taillebourg, Marcela de Fontenoy, Laura d'Evreux y la



Pedro se arrodilló á sus pies rogándola que le perdonase.

rubia Sofía de Viroflay; todas llevaban apellidos sacados de crónicas de las batallas que mayor gloria habían dado á la Francia ó de las estaciones más en boga en la guía de los ferrocarriles. Además, ellos eran amables y generosos y ellas lindas y modelos del buen gusto.

Su programa consistía en pasar todo el día juntos: almorzarían en casa de Clemencia; luego el ómnibus de Nuño los llevaría á las carreras y después de mudar de traje irían á reunirse á las siete y media en las Rocas-Negras, en donde Tresorier daría de comer á toda aquella alegre compañía, proponiéndose, finalizada la comida, marchar todos juntos á bailar al Casino. Los demás numeros del programa estaban reservados á lo imprevisto, esperándose mucho de inventiva de los hombres y del capricho de las mujeres.

—Amigos míos—dijo alegremente Duvernay—empezamos el día reunidos y lo acabaremos lo mismo; aunque no estamos seguros de que las mujeres conserven siempre la misma pareja.

—Dí, hombre poco galante—exclamó Laura d'Evreux—¿por que nos das el privilegio de infidelidad?

—¡Porque es para vosotras una necesidad imperiosa!

—¡Dios Eternos! ¿Las creéis tan variables? —preguntó Faucigny con aire admirado al parecer,

—¡Hombres hay que así opinan!—replicó Tresorier.

—Será porque ciertas dificultades de fin de mes los tengan mal humorados—dijo Clemencia riendo.

Todas las miradas se volvieron hacia Santiago que estaba paseándose por el jardín en compañía de Patrizzi. Aquel movimiento fué tan significativo, que Clemencia hizo un gesto de protesta.

—¡Oh! no aludo á Santiago—repuso—hace dos días que tiene tal suerte en el Círculo, que ayer ganó tres mil luisas... Está en vena, y cree que todo ha de salirle á medida de sus deseos.

Y se volvió hacia Nuño medio recostado en una butaca, diciéndole con gran malicia:

—Ha ofrecido *Mandrágora*, la yegua que pertenece á Selim, á diez, á todos los que han querido...

Nuño se puso rojo de ira, y levantándose con esfuerzo, exclamó:

—Voy á decirle que me ofrezca á mí también, por más que no tendrá ya... Tengo confianza en mi yegua.

—Pero ¿puede usted confiar en el jockey?—

preguntó Berneville,—¿Sabe usted que el otro día en Caen, Chadwal ha hecho caer el caballo de La Bonnerie?...

—Estoy tranquilo por ese lado; Petersen no se arriesgará á dejarse sobornar para perder lo mucho que sabe le dará yo si gano...

—Pero, mi buen Nuño—dijo Andrea de Taillebourg—lo que usted á prometido á Petersen no dará más alientos a *Mandrágora*...

—¡Es un animal de primer orden!—replicó el banquero.

—¡Bah! ¡No es tanto lo que vale!

—¡La tomo yo en toda circunstancia y sin limitación alguna!—exclamó furioso Selim.

—¡Nuño, vas á ponerte malo!—dijo Sofía Viroflay—¡Nada hay tan imprudente como disgustarse antes de almorzar!

—Sucede lo mismo siendo amable después—replicó Marieta de Fontenoy.

--¡Confíen Vds. en la experiencia de estas señoras!—exclamó Barat—y tomen precauciones contra la apoplejía que amenaza á los postres.

—¡Si mueres tú jóven—replicó la hermosa rubia—con seguridad no sera por haberte mordido la lengua!

—¡Oh Fontenoy! eres menos generosa que nuestros padres en la batalla cuyo nombre llevas, pues no dices: ¡Señores, tirad los primeros!

—No lo digo sino después de la media noche.

—¡Y qué bien lo dices entonces!

—¡De todos modos no lo sabes tú!

—¡Me lo han contado!

—¿Quién?

—¡Pardiez! ¡todo el mundo!

¡Insolente!

En medio de un *hurra* general, la hermosa rubia se lanzó hacia el abogado, y sofocada, riendo y rabiando á la vez, le pegaba con el abanico, haciendo sonar, en cada uno de sus rápidos movimientos, el oro de sus pulseras. El jóven se tapaba la cabeza con las manos y corría alrededor del salón, perseguido por la linda mujer cuyo vestido de batista de color de rosa adornado de encajes, ondulaba á impulso de la carrera, descubriendo dos piecitos calzados con tafete bronceado, y dos piernas finas y perfectamente modeladas por unas medias de seda.

De pronto se detuvo sin aliento delante de Barat, que había caído arrodillado en la alfombra y enseñándole su abanico hecho pedazo:

—En castigo —dijo— tienes que comprarme otro.

—¡Sí, hermosa mía, y mandaré pintar en él un ramo de azahar!

—¿Vuelves á empezar?

—¡Ea! ¡haya paz! —dijo Clemencia.—Vamos á la mesa.

Santiago y Patrizzi entraron en aquel momento. El aire era templado y perfumado por las flores del jardín. Las puertas del comedor se abrieron y el maestresala, con corbata blanca y con tono tan solemne como si se hubiera hallado en presencia de distinguidas y aristocráticas damas, anunció:

—La señora está servida.

Clemencia tomó el brazo de Faucigny, Santiago ofreció el suyo á Sofia Uroflay, y los demás formando comitiva, salieron del salón.

El comedor, grandioso, entapizado con tela de seda china, y adornado con muebles de madera tallada, dejaba salida por una parte al invernadero y por otra al jardín. Tres anchas puertas de cristales pintados con flores y pájaros fantásticos, daban paso además al terrado en el centro del que magnífica escalinata facilitaba el descenso á un hermoso rondel sembrado de césped y rodeado de flores. Aquellas tres puertas abiertas de par en par, dejaban entra los olas de aire y de luz. El césped era de verde esmeralda, y la arena de los paseos del jardín, blanqueada por los rayos del sol, reflejaba el calor. El cielo azul tomaba á lo lejos un tinte morado, y todo suministraba ardor y brindaba placer. Los

convidados de Clemencia, animados por aquel delicioso bienestar, se entregaron á la alegría que inspiraba todo aquello, y el almuerzo empezó bullicioso.

En medio del tumulto producido por las bromas de sus comensales, Santiago permanecía serio y grave, como si le torturase secreto remordimiento. Pensaba, libre por algún tiempo de sus apuros, en aquellas personas á quienes con tanta dureza había atormentado para procurarse recursos, y no obstante hallarse rodeado de tan placentera y alegre gente, acompañado de mujeres no menos seductoras que fáciles de tratar, las más tristes ideas se apoderaban de su espíritu. Echó una mirada sobre la mesa, cargada de preciosas flores y de servicio de límpido cristal y de reluciente plata; examinó á los que se hallaban sentados en ella y los vió gozosos y felices, mientras que él estaba devorado por la amargura secreta que le producía la reprochable y anómala vida en que estaba sumido. Todos los allí presentes disfrutaban de una perfecta libertad de espíritu y de corazón y oía sus bromas y su risas. Los días para ellos eran siempre iguales, no pensando más que en divertirse, cuando él estaba constantemente atribulado por una angustia que no podía eludir.

Sus miradas se fijaron en su amada y en Faucigny que hablaban en voz baja enfrente de él. No oía sus palabras, pero adivinaba su sentido. El duque, cariñoso é insinuante, cortejaba á Clemencia y ella le escuchaba sonriendo, ¡Ah! aquella sonrisa la conocía bien y le hacía pensar que habría de ser de Faucigny, lo que de tantos otros. La frente de Santiago señaló contracción dolorosa: vació uno tras otro sus vasos llenos de diferentes vinos y un súbito rubor coloreó sus mejillas é hizo entonces un movimiento brusco, pensando: Estoy triste á pesar mío y este es el motivo por el cual Clemencia se aparta de mí., ¿no es acaso justo que yo sufra su desdén en castigo de mi infame conducta para con mi familia?

En aquel momento oyó su nombre; era Patrizzi que desde el otro extremo de la mesa, le decía:

—¿Santiago, no recuerda á usted este almuerzo la comida que hicimos en Monte-Carlo? Algunos de los señores presentes y casi todas estas bellas asistieron... Aquel día fué menos alegre que el de hoy... ¡Y qué historias se contaron! ¿Se acuerda usted?

—A propósito, ¿cómo no esta aquí el médico que acompaña siempre á Woreseff?—preguntó Andrea de Taillebourg.

—Hace cinco días que se halla en París dijo Patrizzi.

Al oír estas palabras, Santiago vió levantarse delante de él la imagen triste y pálida de Julieta. Se la representó sentada en el salón en que tantas veladas había pasado él cuando era hijo sumiso y hermano cariñoso. La señora de Vignes, llena de inquietud, se inclinaba hacia su hija y Davidoff de pie á su lado, la miraba con compasión. El jóven creyó oír que su madre le estaba llamando y que el doctor respondía moviendo dolorosamente la cabeza. ¿No era él quien debía hallarse al lado de aquellas dos desgraciadas? ¿Por qué un extraño consolaba á su madre y á su hermana? Una voz murmuró á su oído: ¡Es porque has rehusado cumplir con tu deber, porque has sacrificado tu madre al juego y tu hermana á tu querida, porque eres un cobarde un ingrato! Y saltó una carcajada estridente, inexplicable y espantosa que atrajo sobre él las miradas de todos los concurrentes, quienes le vieron palido, con los labios contraídos y los ojos desencajados y relumbrantes.

—¡Sí! ¡Sí!—exclamó sin preocuparse en lo más mínimo de la admiración que ocasionaba la comida de Monte-Carlo, fué menos alegre que este almuerzo... En primer lugar estaba yo casi moribundo y hoy gozó de perfecta

salud, ¡Oh! estoy muy bien, mérced á Davidoff, que nos expuso una admirable teoría respecto á la trasmisión de las almas... No lo habrá usted olvidado Patrizzi... ni usted tampoco Tresorier... Nos contó la leyenda de una jóven rusa... ¡Oh! qué buena aventura! ¡y qué alegre y qué bromista es Davidoff...! Nadie tomó en serio su relato... ni siquiera Patrizzi, y sin embargo, es napolitano y por consiguiente supersticioso... ¿Cree usted en el mal de ojo, no es verdad, príncipe?

—No bromeé usted con estas cosas—replicó Patrizzi, poniéndose grave y haciendo rápidamente con dos dedos un signo á su espalda, esquivando las miradas de sus compañeros.

—¡Ah! ¡ah! ¡ah!—exclamó riendo Santiago—¿han visto ustedes la conjura digital que ha hecho el príncipe? Ha ahuyentado con los dedos los malos espíritus... ¡Cree en la *ietatura!*... Y sin embargo no dió crédito á las demostraciones de Davidoff... Nadie tomó en serio aquel relato... ¡nadie!... exceptuando á Pedro Laurier, que como todos sabemos, se volvió loco.

Un silencio de muerte acogió tan extrañas palabras, pues los concurrentes permanecieron mudos y helados, como si el aspecto de aquel

que habían conocido y amado, fuera á presentarse delante de ellos. Los hombres se miraban entre sí, suspensos sus animos por la súbita exaltación de Santiago que entristecía una fiesta empezada de un modo tan alegre. Las damas se echaron á reir, inconscientes de lo que estaba pasando y Clemencia, furiosa, mordiendo sus pálidos labios contraídos por la ira, dió en la mesa un fuerte golpe con el mango de su cuchillo, resultando que su vaso de fino cristal, se rompió y al caer hecho pedazos, produjo un ruido que llamó la atención de todos.

—¡Un vaso roto!—exclamó Laura d'Evreux: —¡eso es señal de alguna desgracia!

—¡Lo que haces es absurdo, Santiago!—exclamó Clemencia con voz temblorosa y airada.

—¡Nuestros amigos no han venido aquí para oír semejantes extravagancias!...

—¡El bueno de Santiago está ebrio ya!—dijo Sofía de Viroflay,—Es demasiado pronto pues apenas si son las doce y media.

—¡No, no estoy ebrio?—replicó el jóven, cuyo rostro tomó un expresión terrible.—Nunca he sido más dueño de toda mi razón... Estaba diciendo que Laurier se volvió loco... ¿Lo duda acaso alguno de ustedes?... Todos han sido testigos de los últimos tiempos de su vida y

han conocido sus angustias, su desesperación y sus torturas. ¿Hay entre ustedes alguno que se atreva á desmentirme? ¡Ah! permanecen mudos... ¡Clemencia tampoco dice una palabra... y es porque bien sabe que Laurier estaba demente... y porque no ignora la causa de su locura!

Al escuchar aquel apóstrofe, el rostro de la cómica tomó todos los colores del prisma, la hiel corría por sus venas en vez de la sangre su blanco cuello se hinchó a impulsos del furor y exclamó con una voz que parecía un silbido:

—¡Nos haces sentir su ausencia! ¡Es lástima que no ocupe él tú sitio y tú el suyo.

—¡Paciencia! pronto lo ocuparé—dijo Santiago con significativa sonrisa—pues una vida tan infernal como la que yo llevo, le obligó á suicidarse. Puedo juzgar de sus sufrimientos por los que experimento yo... Hablábamos hace poco del doctor Davidoff, recordando las fantásticas historias que nos contó una noche Patrizzi, recuerde usted que Laurier, después de escucharlas en silencio, exclamó de repente: «¡Santiago, si algún día estoy cansado de la vida, te legaré mi alma!...» Sí, no lo habrá V. olvidado... ¡Pues bien! antes de que concluyera aquella noche, Pedro había muerto, y yo que no tenía más que un soplo de existencia,



volví á la vida... Algunos días más tarde, amigo príncipe, encontrándome en Niza, en el baile de máscaras, me dijo usted bromeando: «¡Parece que tiene V. una alma nueva... la de su amigo Laurier!...» No podría creerse en tanta verdad... Su alma estaba en mí... la sentía potente con todas sus pasiones, esas mismas pasiones que le llevaron al suicidio... El afán del pacer, la sed de un amor intenso y la embriaguez del juego ardían en mi ser... Una mujer se halló en mi camino... me trajo invencible y fatalmente; no había medio de escapar, pues tenía en mí el alma de mi amigo llena todavía de los deseos que le inspiraba la que ví á mi lado provocativa y hermosa... ¡Oh! tuve un momento de clarividencia... En aquel instante comprendí cual era mi destino; quise resistirme, pero aquella encantadora se había enseñoreado de mi ser entero, y no era dueño de mí mismo... Me dominaba autocráticamente, y la obedecía con sin igual sumisión... Hacía una seña y yo acudía, no obstante haber jurado no volverla á ver... Así es como gradualmente he seguido el mismo camino que siguió hacia el abismo el desdichado Pedro Laurier... Como él, he jugado porque necesitaba dinero, mucho dinero... Como él, he olvidado todo cuanto no era aquella mujer perversa, pero siempre adoraba... Pedro sacri-

ficó por ella su talento y su gloria... yo he hecho traición á mis más sagrados afectos, he arruinado á mi madre y abandonado á mi hermana... ¡El fué cobarde, lo he sido yo también!... Llegó á tal grado de rebajamiento, que aceptó las infidelidades de su querida y estrechó las manos de sus rivales... No he hecho yo menos. En este momento, sentado alrededor de esta mesa, me hallo en compañía de ustedes, que han sido todos ó son amantes de la mujer que me pertenece... Sí, usted, Nuño, fué engañado por ella y tomó usted después la revancha, engañando á sus sucesores en el amor; usted, Barat, ha pleiteado contra los abastecedores recalcitrantes de nuestra común diosa; Tresorier os ha hecho fructificar con ventajosas colocaciones, las cantidades que á ella entregaban Berneville y Patrizzi., Tú, Duvernay, has conseguido lo que querías de la hermosa en las tinieblas de la noche; y en fin Eaucigny, ha sido el último halagado por ella. Pues bien, amigos míos, ¿dudan ustedes de que poseo todos mis sentidos y de que veo claro?

Santiago se había levantado; una ligera espuma sonrosada se veía en sus labios; sus manos temblaban y se esforzaba por sonreír, cogió una copa llena de champagne y dijo:

—Soy vuestro anfitrión... y bebo á la salud